

Sin Título (La ciudad)

La ciudad se abre como una sandía rota, dispersando las semillas de hogares que ya no existen. Sus paredes ennegrecidas parecen inclinarse para escuchar los pasos de quienes buscan agua, pan, o un respiro donde no duela respirar.

Entre el humo, las madres avanzan como sombras en un sueño roto, con un fuego antiguo en los ojos, protegiendo a los suyos con las manos vacías. A veces, encuentran lo que necesitan; otras, la vida les niega incluso lo mínimo.

Los niños, tan pequeños que el mundo les queda enorme, corren entre las ruinas como si cada piedra fuera un gigante dormido, inventando juegos con nada, como luciérnagas en noches sin luna.

A lo lejos, el cielo se quiebra, desgastado por gritos, y cada estallido deja un eco de futuros robados, de almohadas sin sueño. Aun así, entre los escombros, una cometa hecha de retazos de tela sube al viento. Frágil e imposible, se eleva como quien espera que algún día vuelva la risa.

Este dolor no surge por accidente: es el resultado de decisiones que ignoran a los inocentes, dejándolos pagar el precio del sufrimiento ajeno.

Un humo oscuro queda suspendido, un grito que arde en cada piedra y en cada vacío y , pese a todo, la vida persiste en el correr de un niño, en la cometa que se eleva, en la esperanza que se resiste a morir, mostrando que incluso en la devastación, la humanidad no desaparece del todo.